

NOTA EDITORIAL

El Partido Socialista ha decidido que los resultados electorales del pasado 24 de mayo provoquen el mayor impacto posible en los gobiernos municipales y autonómicos. Un cambio político muy por encima del cambio social y electoral realmente registrado que no solo se ha dejado notar ya en las tomas de posesión y en los primeros actos oficiales, sino que irradiará esa misma sustancia política alegremente contrainstitucional, fresca en su sectarismo, desenfadada en su inexperiencia, durante cuatro años completos. El estilo con regusto *Braveheart* de blandir el bastón de mando municipal que tanto ha abundado en las últimas semanas, suscita legítimas dudas sobre la idea que algunos tienen de las instituciones y de sus actos oficiales.

Pensar que la decisión de haber hecho posible este espectáculo político puede revertirse sin coste es tener una idea poco clara de lo que es y de lo que produce el ejercicio del poder en manos de quien sabe lo que quiere hacer con él.

Puede que el PSOE haya pensado que “librar del PP a los españoles” constituye hoy un servicio que estos sabrán recompensarle, pero es posible que esté haciendo una lectura precipitada de la situación y que lo que reciba sea el señalamiento público de su responsabilidad por haber activado el mayor proceso de degradación institucional de los últimos cuarenta años.

La necesidad de consolidar un liderazgo precario y la subordinación en la que vive el socialismo desde hace ya demasiados años en su relación con la extrema izquierda y con el secesionismo, lo ha mostrado como el

reverso de un partido nacional. Se ha convertido en un factor de desestabilización e incertidumbre, de centrifugación social y territorial, de polarización y fractura, un agente multiplicador de las tensiones de España. Inició la legislatura con un peligroso desmarque de los compromisos europeos que él mismo había solicitado al PP y desde entonces ha desarrollado numerosas variantes de esa misma puerilidad institucional, hasta desembocar en su actual extenuación como fuerza cohesiva.

La intensidad que el PSOE tendría que poner en los próximos meses en el descrédito del PP y del sistema común para poder agrupar el voto radical en su actual desenfreno, causaría sobre su electorado tradicional una erosión muy superior a la que ya le produjo en 2008 y en 2011, probablemente definitiva.

La ostentosa presencia de los símbolos nacionales en un acto de partido –ingrata para muchos asistentes– no debe pensarse como la expresión gráfica de una rectificación de fondo, sino como un vano intento de distraer la atención del único proceso real acreditado en el que trabaja el socialismo español desde hace años: la sumisión completa al marco conceptual, al lenguaje y a la agenda del radicalismo y, en su defecto, a la del nacionalismo.

Esto deja en manos del Partido Popular la oportunidad y la responsabilidad de la centralidad política. No el espacio en sí, mecánicamente transferido, sino la oportunidad de ocuparlo y la responsabilidad de hacerlo.

Quienes dudaran de que en España el verdadero poder está en las urnas y no en otro sitio, han podido despejar sus sospechas. Ni había candado ni hay garantía de que estemos a salvo de los peores escenarios. Democracia es esto, y en España la hay de verdad. El voto es demasiado importante como para experimentar con él sobre la idea del castigo, del miedo o de las operaciones políticas a tres o a cuatro bandas. Lo que se requiere es la revitalización del concepto político sobre el que debe sostenerse la con-

fianza, que es el concepto de mandato democrático. No se trata de privar a los representantes de su indispensable y legítimo margen de interpretación, de selección y de mando, sino de fortalecer el vínculo entre esas funciones y las razones que justificaron el voto recibido.

Ningún fetichismo “participativo”, habitualmente poco meditado, puede sustituir a esa actitud de respeto al votante y de rendición de cuentas permanente. Y, al contrario, si se genera y se protege ese vínculo, ningún error bastará para quebrar la confianza de base que sustenta la fortaleza del espacio electoral.

Esta tarea, como siempre, requiere ideas y sentidos para la acción política. Y eso es lo que sigue proporcionando la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales en todos sus trabajos, también en este número de verano de *Cuadernos de Pensamiento Político*, que aborda las siguientes cuestiones: “El conservador convencido”, de Roger Scruton; “Populismo, instituciones y Unión Europea”, de Gianfranco Pasquino; “La reforma electoral italiana de 2015”, de Marco Olivetti; “Orígenes y justificación del presidencialismo americano”, de Javier Redondo; “El legalismo autocrático en Venezuela”, de Javier Corrales; “Syriza en el Gobierno: ‘Tomar el cielo por asalto’”, de Antonis Klapsis; “Asaltar el cielo”, de Ángel Rivero; “El denostado siglo XIX”, de Luis Arranz Notario; “El desmoronamiento del Estado libio. Consecuencia de decisiones precipitadas en política exterior y de seguridad”, de Carlos Echeverría Jesús; “La extensión del Estado Islámico por el norte de África y el África Subsahariana. Consecuencias para la seguridad europea”, de Ana Belén Perianes Bermúdez, y “¿Giro hacia el Pacífico? La política exterior de la Administración Obama hacia Asia Oriental”, de Juan Tovar Ruiz.

Los libros reseñados en este número 47 son: *El acuerdo del “seny”: Superar el nacionalismo desde la libertad* (Juan Milián Querol), por Ignacio Martín Blanco; *Agujeros del sistema. Más de 300 asesinatos de ETA sin resolver* (Juanfer F. Calderín), por Rogelio Alonso; *La razón conservadora. Gonzalo*

Fernández de la Mora, una biografía político-intelectual (Pedro Carlos González Cuevas), por Carlos Dardé; *ISIS, el retorno de la yihad* (Patrick Cockburn), por Gabriel Cortina; *Mi tierra prometida. El triunfo y la tragedia de Israel* (Ari Shavit), por Leah Bonnín, y *¡Crear o morir! La esperanza de Latinoamérica y las cinco claves de la innovación* (Andrés Oppenheimer), por Guillermo Hirschfeld.